

EL FASCISMO ITALIANO DEL SIGLO XXI: UN ANÁLISIS DEL FENÓMENO POLÍTICO DE MATTEO SALVINI

Bajo el Volcán, año 2, no. 3 digital, noviembre 2020-abril 2021

Giuseppe Lo Brutto¹
Eduardo Crivelli Minutti²

Recibido: 26 de mayo, 2020
Aceptado: 24 de agosto, 2020

En lo que va del siglo XXI, algunos líderes políticos de América y de Europa han sido tildados de fascistas por sus formas autoritarias de gobierno, legitimadas en una mitología que se alimenta de los temores y las esperanzas de las masas modernas cada vez más desfavorecidas, sobre todo en el marco de la crisis de la globalización neoliberal. En este sentido, Matteo Salvini líder de la Lega, en su cargo como vicepresidente y ministro de Interior del gobierno de Italia (2018-2019), incubó un fenómeno político particular, con muchos rasgos fascistas nutridos por el mito concerniente a una invasión de inmigrantes a su país. Es por ello que este artículo tiene el objetivo de analizar el fenómeno Salvini para develar el carácter fascista de sus expresiones, desmitificando las características de los procesos de inmigración en Italia.

Palabras clave: Fascismo, crisis del neoliberalismo, migración, Italia, Matteo Salvini.

¹ Profesor-Investigador del Posgrado en Sociología del ICSyH-BUAP.

² Estudiante del Doctorado en Sociología del ICSyH-BUAP.

ABSTRACT

So far in the 21st century, some political leaders in America and Europe have been branded as fascists for their authoritarian forms of government, legitimized in a mythology that is fueled by the fears and hopes of the increasingly disadvantaged modern masses, especially in the context of the crisis of neoliberal globalization. In this sense, Matteo Salvini, leader of the *Lega*, in his position as Vice President and Minister of the Interior of the Italian government (2018-2019) incubated a particular political phenomenon, with many fascist features nourished by the myth that there is an invasion of immigrants to his country. That is why this article aims to analyze the Salvini phenomenon to unveil the fascist nature of its expressions, demystifying the characteristics of the immigration processes in Italy.

Keywords: fascism, neoliberalism crisis, migration, italy, matteo salvini.

INTRODUCCIÓN

En la segunda década del siglo XXI, la globalización con características neoliberales procede de manera decisiva y despiadada, sin tener en cuenta las enormes desigualdades, pérdidas en vidas humanas, las graves consecuencias sociales y ambientales, además de los desequilibrios políticos y territoriales que ha producido en los últimos 30 años. De acuerdo con Sandro Mezzadra y Brett Neilson, estos procesos de degradación y reconfiguración son particularmente importantes para las dinámicas del poder, que se encuentran en juego dentro de la formación, vigilancia, reforzamiento y cruce de fronteras. Precisamente, las fronteras, más allá de marcar los límites territoriales, también regulan y estructuran las relaciones entre capital, trabajo, derechos, sujetos y poder político; imprimen su poder simbólico para reforzar los mitos de la identidad nacional que se debaten entre la elasticidad del territorio y el control del límite entre lo interior y lo exterior (Mezzadra, & Neilson, 2017: 227).

Bajo este escenario Samuel Huntington sostenía que los enemigos serían esenciales para los pueblos que buscan su identidad y reinventan su etnicidad en un mundo cada vez más globalizado, donde la cultura y las identidades culturales configuran las pautas de cohesión, desintegración y conflicto (Huntington, 1998: 20). No obstante, las consecuencias de estas manifestaciones no pueden ser otras que la división social y la exclusión como norma en un mundo fracturado por la proliferación de muros y barreras que constituyen un síntoma de crisis y de la transformación de la soberanía estatal más que de su reafirmación (Mezzadra & Neilson, 2017: 26). En estas condiciones se han ido gestando nuevas formas de control social que parecen resucitar un espíritu represivo de antaño, engendrando modelos autoritarios de gobierno que incluso abren la discusión sobre las características fascistas con las que se van desplegando.

En este panorama, quizá uno de los casos más emblemáticos sea el del gobierno italiano, durante la presencia de Matteo Salvini (*Lega*) como Vicepresidente y Ministro de Interior (1 de junio de 2018-5 de septiembre de 2019), nutrido por la desinformación y la propaganda anti-inmigrante que se ha ido normalizando e incluso aceptando una alarmante tasa de violencia *squadrista*, similar a la que empleaban las escuadras fascistas del pasado. En este sentido, Paolo Berizzi (2018) ha denunciado que esta permeabilidad del fascismo, en una Italia que se redescubre fascista, habría sido resultado de la distracción superficial de muchos líderes, incluso de izquierda, culpables de haber dejado las plazas y la complejidad de las periferias a los cuerpos de seguridad administraciones locales, así como por enfrentar con demasiada tranquilidad y apelativos tardíos a la calma la locura anti-inmigración (Berizzi, 2018: 9).

Todo ello, habría llevado a la izquierda a perder muchos votos, favoreciendo el ascenso y el éxito electoral de Matteo Salvini, que entre junio de 2018 y septiembre de 2019 fue Vicepresidente y Ministro de Interior del gobierno de Italia, sabiendo utilizar la idea de soberanía y la xenofobia como herramientas de propaganda, convirtiendo a su partido, la *Lega*, en el receptáculo de ideas

irreconciliables como las instancias autonomistas e incluso secesionistas, la identidad y el nacionalismo antieuropeo, presentado como una acción benéfica en provecho del pueblo italiano (Berizzi, 2018: 10). De esta manera se ha gestado lo que podría llamarse el “fenómeno Salvini”, revestido por la idea de que la migración es el origen de todos los males, cuyo saneamiento justifica una serie de medidas que bien pueden ser calificadas como de corte fascista.

A pesar de que, quizá parezca prematuro definir “fascistas” a estas formas autoritarias de gobierno, ello no impide observar sus rasgos significativos y abrir la discusión sobre las similitudes que guardan con otras expresiones similares del pasado, pues, como bien sostenía Nicolò Machiavelli, “quien desee saber lo porvenir consulte lo pasado” (Machiavelli, 2011: 564). En este sentido, surgen las preguntas: ¿puede interpretarse la impronta fascista de la *Lega* como expresión de la crisis de la globalización neoliberal?; y ¿hasta qué punto el discurso anti-inmigrante resucita el espíritu del fascismo de antaño?

Para tratar de dar respuesta a esta pregunta, la hipótesis que guía este artículo comprende al fascismo como una unidad orgánica con cambios en su continuidad, de ahí que el discurso y las acciones de Salvini coinciden con muchos de los elementos que caracterizaron el “*ventennio fascista*”, pero con las especificidades que asume en el momento histórico actual. La hipótesis subordinada es que el discurso de una invasión de inmigrantes hacia Italia es el elemento central de la propaganda política de la *Lega* de Salvini que justifica el camino hacia una forma abierta de fascismo.

De tal suerte que el objetivo de este artículo es analizar el periodo Matteo Salvini, líder de la *Lega*, en el cargo de Vicepresidente y Ministro de Interior del gobierno de Italia, como expresión de un movimiento nacionalista e “identitario” con muchos rasgos fascistas, en el contexto de la crisis de la globalización neoliberal. De la misma manera, se pretende develar el mito de la invasión de inmigrantes a Italia que apuntala el discurso abiertamente fascista de Salvini.

Para ello, el artículo se divide en cuatro partes. En la primera, se reflexiona sobre las características que asume el fascismo del siglo XXI a partir de las diferencias y similitudes con otras expresiones similares del pasado. En el segundo apartado, se aborda el tema de la continuidad del fascismo en Italia a la sombra de la figura de Salvini. La tercera parte procede a desmitificar la idea de la invasión como el mito que apuntala el carácter fascistoide de la política italiana del siglo XXI. Por último, se presentan algunas consideraciones finales.

1. EL FASCISMO EN EL SIGLO XXI

La historia ocurre dos veces: la primera vez como una gran tragedia y la segunda como una lamentable farsa, escribía Karl Marx, a mediados del siglo XIX, parafraseando George F.W. Hegel, para argumentar que el cambio social se daba en condiciones existentes, dadas y heredadas (Marx, 2015: 37-39). Ciertamente, Marx reflexionaba sobre la escalada de la lucha de clases que no había desembocado en la revolución socialista sino en el *bonapartismo* como movimiento político e ideológico que imponía un gobierno autoritario y conservador, pero respaldado por el sufragio universal de la democracia representativa. Más de un siglo después, a finales de la década de 1980, la disolución del bloque de gobiernos reivindicados como comunistas vislumbraba el fin de la utopía socialista, lo que dio pie a Francis Fukuyama para argumentar que había llegado “el fin de la historia” enmarcado en el triunfo ideológico de la civilización occidental bajo la democracia liberal como forma final del gobierno humano (Fukuyama, 1993). Esto no quería decir que dejaran de suceder acontecimientos, sino que, a partir de ese momento, no habría otro juego que impulsara el cambio social más que el liberal, o “neoliberal” como algunos lo llamaron, es decir, libre mercado en lo económico y democracia representativa en lo político.

Sin embargo, 26 años más tarde, el mismo Fukuyama reconoció que el neoliberalismo no era “el fin de la historia”, e incluso que, quizá, el socialismo debería volver (Eaton, 2018). Algunos pensadores neoliberales como Friedrich Hayek expusieron su preferencia hacia los regímenes autoritarios de tipo “pinochetista”, que respetaban las reglas del liberalismo económico y los derechos de propiedad, antes que supuestos regímenes democráticos que pisoteaban las reglas en cuestión (Piketty, 2019). Por eso, lejos de la democracia respetuosa de los derechos humanos y de los beneficios que se esperaban de las fuerzas del mercado, las posiciones ultraneoliberales en lo económico en favor de la desregulación, el desmantelamiento del Estado social y el individualismo extremo, pronto se habrían combinado con las manifestaciones reaccionarias en lo moral, como vuelta a los valores tradicionales y religiosas en sus versiones más fundamentalistas y hostiles hacia la inmigración, las minorías, y a los movimientos de género.

Todo ello decantó en un retorno al conservadurismo en el siglo XXI, que fue agudizando el autoritarismo social y reaccionarismo moral (Ramás, 2020: 73) acompañado del neoliberalismo económico que caracteriza a los gobiernos como el de Donald Trump en los Estados Unidos o el de Jair Bolsonaro en Brasil, así como a la proliferación de toda una serie de partidos y movimientos políticos en Europa identificados con la reproducción de ideas reaccionarias y discursos históricamente ligados con el fascismo surgido en el periodo de entre guerras. A pesar de las diferencias, la esencia de esta nueva agitación política retoma elementos reconocibles de la ideología fascista como el racismo, la xenofobia, los liderazgos providenciales, ultranacionalismo y, sobre todo, el desprecio al Estado de derecho.

Precisamente, en la definición esbozada por Benito Mussolini, fundador del fascismo italiano, aparecían las negaciones esenciales de la doctrina fascista: en contra de la herencia liberal, la amenaza socialista y las tendencias democráticas (Mussolini, 1983: 847-848), lo cual, al conjugarse con el oportunismo político y el uso de la violencia para reprimir a la oposición, dio como resultado

el Estado autoritario, la dictadura personal y la negación de los derechos individuales más fundamentales en favor de la reproducción ampliada de capital. Por eso, Antonio Gramsci sostenía que el fascismo no era más que una reacción armada para desmovilizar a la clase trabajadora a partir de una propaganda ideológica con acciones políticas y económicas que giraban en torno al imperialismo (Gramsci, 1926: 155), como expresión de la necesidad de las clases dirigentes industriales-agrarias, de encontrar fuera del campo nacional elementos para resolver la crisis de acumulación internas.

Al situarse en la fase imperialista del capitalismo, Nicos Poulantzas advirtió que el fascismo, como etapa del conjunto del proceso capitalista, implica la concentración monopolista, la fusión del capital bancario con el capital industrial en el capital financiero, la exportación de los capitales, así como la obtención de colonias o lugares donde obtener materias primas y mano de obra a bajo costo (Poulantzas, 1971: 10). En consecuencia, todo ello requiere de una articulación con el conjunto del sistema capitalista que determinan modificaciones profundas de la política y de la ideología.

No obstante, Hannah Arendt marca las diferencias entre el fascismo italiano, como una forma autoritaria nacionalista que siguió la lógica imperialista colonial, y el nazismo, como nuevo imperialismo, que no llevó precisamente a los alemanes a la adquisición de colonias, sino que, mediante un sistema totalitario, incluso equiparable con el estalinismo soviético, buscó eliminar todas las restricciones al poder del Estado para favorecer los procesos de acumulación incesante de capital (Arendt, 1988).

Bien precisa David Harvey que ese nuevo imperialismo se intensifica en la globalización neoliberal cuando los grandes sobreecedentes a nivel mundial, y la ausencia de una fuerte revitalización de reproducción ampliada de capital, profundizan una política de acumulación por desposesión en todo el mundo, es decir, depredación, fraude y robos contemporáneo que adquiere la forma de pillaje y depredación de los bienes globales en una tendencia creciente de mercantilización, corporativización, privatización de activos previamente públicos como nuevos cercamientos de los

bienes comunes, con el propósito de evitar la total parálisis del motor de la acumulación capitalista (Harvey, 2005).

Sin embargo, las formas autoritarias de gobierno que prescindan de toda atadura democrática, como el fascismo, favorecen los procesos de acumulación por desposesión bajo el velo discursivo de defender todo tipo de injusticias a los connacionales menos favorecidos. En este sentido, Roland Barthes señalaba que la sociedad burguesa se sumerge a cada instante en una falsa naturaleza y, por eso, recurre todo el tiempo a la mitología como una manera de hacer el mundo, en un proceso de pseudouniversalización que enmascara las profundas desigualdades sociales. En consecuencia, el develamiento que produce la mitología es un acto político (Barthes, 1982: 253).

De esta manera, Karl Polanyi mencionaba que no hubo modalidad de antecedentes religiosos, culturales o nacionales que hicieran a un país inmune al fascismo. Un país próximo al fascismo mostraba síntomas entre los cuales no estaba necesariamente la existencia de un movimiento propiamente fascista, sino que comenzaba con la difusión de filosofías irracionalistas, la estética racista, la demagogia anticapitalista, los puntos de vista monetarios heterodoxos, la crítica al sistema de partidos y el extendido menosprecio al régimen existente. El carácter degenerativo de “la solución fascista” en esencia ofrecía un escape al punto muerto institucional para la salida de capital similar en gran número de países, aunque, de haber probado esta solución, se habría esparcido por todas partes una enfermedad mortal, pues el fascismo operaba como una religión política que desnaturalizaba y deshumanizaba al individuo en todas sus formas para hacerlo incapaz de funcionar como unidad del cuerpo político (Polanyi, 2017: 249-295).

En efecto, Enzo Traverso señala que, tras realizar una simbiosis con el colonialismo y el nacionalismo modernos, el racismo habría alcanzado su apogeo cuando la confluencia con el antisemitismo coincidió habría llevado la Alemania nazi a un epílogo exterminador. Luego de la derrota de los Estados fascistas en II Guerra

Mundial, las tendencias del fascismo se habrían perpetuado gracias a un cambio de imagen nutrido de un nuevo repertorio de exclusión y odio. La imbricación de racismo y fascismo, nacionalismo y antisemitismo, que se produjo en Europa en la primera mitad del siglo XX, adquirió formas distintas y siguió proliferando y nutriéndose de resentimientos acumulados por las crisis económicas y la desconfianza hacia las formas políticas tradicionales (Traverso, 2012: 412). La situación se agrava cuando el descontento llega a romper con la unidad de poder del Estado moderno, caracterizada por su estructura de dominación completa en el sentido institucional social y cultural. Por ello, de acuerdo con Rene Zavaleta, en estas circunstancias puede surgir un contrapoder cuyas tendencias se manifiestan en un proyecto burgués que necesita respaldo popular, aunque corre el riesgo de culminar en un movimiento de carácter fascistoide, es decir, aquellas formas autoritarias, que, bajo la apariencia democrática, generan procesos de defensa de intereses de las burguesías, lejos de construir Estados verdaderamente participativos (Zavaleta, 1977).

De ahí que, además de Italia y Alemania, considerados la cuna histórica del fascismo, Marcos Roitman señala que, por ejemplo, en América Latina, el fascismo criollo también fue representativo del accionar político de los ejércitos latinoamericanos desde la primera mitad del siglo XX que, sin ocultar la simpatía con el nazifascismo europeo, en general se articularon bajo una organización de tipo corporativo en el cual la representación de las distintas clases frente al Estado estaba inspirada en los moldes nazifascistas vigentes (Roitman, 2019). En este panorama, Theotonio Dos Santos llamó la atención sobre la necesidad de trascender el carácter localista de estos movimientos represivos de tendencia fascistoide para situarlos en un contexto global más amplio, de expansión del capitalismo mundial y como expresión de la faceta dependiente de las economías menos desarrolladas respecto a los centros de acumulación capitalista a escala mundial (Dos Santos, 1978). Precisamente, Álvaro Briones veía que el resurgimiento del nacionalismo en las relaciones internacionales no respondía más que a los intereses del

imperialismo, agudizando la lucha de clase, así como la división entre los modelos del nacionalismo desarrollista-populista y el neofascista (Briones, 1975: 27-28), aunque, lo único que diferenciaba a ambos modelos era la radicalidad de los métodos autoritarios que adoptó el esquema fascista en la profundización del desarrollo capitalista. En todo caso, de una u otra forma, las burguesías siempre buscan incorporarse al movimiento del capitalismo imperialista en escala mundial y no por falta de “patriotismo”, sino porque, como bien señalaba Agustín Cueva, la patria del capital no es otra que la de su reproducción ampliada y esa también habría sido la base de una “nueva derecha” que, como corriente ideológica y política, no tardó en extenderse como mancha de aceite por los países avanzados de Occidente (Cueva, 2017: 243-244).

En este sentido, Immanuel Wallerstein sostuvo que el correlato de exclusión de la mayoría de la población mundial de la ampliación de los derechos de los trabajadores en los centros industriales de la economía mudo capitalista, tuvo como consecuencia el fracaso de la promesa de satisfacer las demandas combinadas de los centros y las periferias de la economía mundial después de la II Guerra Mundial. El resultado fue la interrupción a la tendencia hacia la redistribución igualitaria, lo cual implicó un realce adicional del papel de los centros como receptores de población migrante, en una situación en la que la estratificación social dibujó nuevas fronteras de clase en las que además se solapan diferencias raciales.

En Europa y Norteamérica, la clase trabajadora está cada vez más compuesta por trabajadores migrantes no blancos, probablemente fuera de todo tipo de derechos laborales, pero que compiten con los trabajadores locales, lo que ahora otorga a la nueva estructura de la lucha de clase un sentido racial (Wallerstein, 1995: 24-27). Frente a ello tienen lugar todo tipo de movimientos derechistas y xenófobos.

Por ello, recordando la paráfrasis que Marx hacía de Hegel, la tragedia del fascismo regresa como una lamentable farsa en el siglo XXI, envuelta en la cosmología inherente al simbolismo de

mitos y ritos, que, si bien aíslan las relaciones entre gobiernos y partidos de corte fascista en su contexto de apropiación local, en realidad sus conjuntos complejos míticos y rituales asocian a estas unidades en el interior de un sistema único. Esto quiere decir que cierta mitología específica de cada unidad fascista adquiere un estatuto de variantes de un *continuum* mítico global que corresponde al fascismo como totalidad estructurada.

De esta manera, la fuerza discursiva del fascismo que se centra en la defensa de la unidad nacional encuentra un paralelismo en las acciones de agitaciones políticas tan distintas como las de Trump, Bolsonaro o de los partidos europeos de derecha radical, que mantienen un fuerte vínculo con los mercados, el poder financiero y el capitalismo global, pero envueltos en una retórica discursiva en contra de los estragos causados por el neoliberalismo, como la desigualdad, el empobrecimiento, el resentimiento y la desconfianza en la democracia. En este sentido, se ha preparado el terreno para medidas de corte fascista que, lejos de combatir al neoliberalismo causante, se ofrecen para llevar su hegemonía aún más lejos (Rosa, 2019: 7-10).

En este panorama, precisamente en Europa, se reivindica un entronque con el fascismo de la década de 1930, como el partido *Jobbik* de raíces nacionalistas radicales dirigido por Viktor Orban en Hungría o el ultraconservadurismo en Polonia de Jaroslaw Kaczynski. Los antiguos revisionismos territoriales reviven en Rumania con el *Partidul România Mare*, presidio por Victor Iovici, o el *Hrvatska Stranka Prava* de Karlo Starčević, en Croacia. En España, el legado del franquismo fue recogido por el partido *Vox* de Santiago Abascal, mientras que Francia, el *Front National* con Marine Le Pen, revive la nostalgia del colonialismo francés. En Alemania aumenta de manera consistente la popularidad de los movimientos neonazis. Mientras que en Italia la rehabilitación del fascismo en el discurso público se nutre de la *Lega* de Matteo Salvini, un caso que vale la pena analizar, pues su *continuum* se desarrolla en un país con una fuerte tradición anti-fascista.

2. EL *CONTINUUM* FASCISTA EN ITALIA

Bien había notado Gramsci que el fascismo se habría incubado en las contradicciones centrales de la sociedad italiana que dibujaban su origen en las mismas dificultades contra las que se enfrentaba el desarrollo económico del país desde el primer cuarto del siglo XX. El rezago italiano respecto a los centros industriales europeos se advertía en la imposibilidad de encontrar trabajo y ocupación a niveles modernos para las masas campesinas meridionales, la pérdida de energías intelectuales y la decadencia de la agricultura como responsabilidad de un Estado, que habría favorecido el desarrollo del bloque industrial-burgués septentrional, en lugar de una política librecambista y de bajos precios industriales (Gramsci, 1970). En este sentido, Giovanni Arrighi y Fortunata Piselli precisan que el hecho de que un Estado como Italia haya incluido al interno de sus fronteras nacionales a grandes e importantes regiones del centro de la economía-mundo capitalista, sobre todo las que encuentran el Norte del país, no frenó la periferización de las regiones del Sur, aunque sí impidió, en cierta medida, que los italianos meridionales fueran tratados como ciudadanos de segunda clase.

Esto quiere decir que la ciudadanía italiana otorgó un *status* a las poblaciones meridionales con al menos tres importantes ventajas respecto a las poblaciones de la mayor parte de las regiones periféricas de la economía-mundo capitalista. La primera de ellas fue el acceso privilegiado a los mercados de trabajo del centro, lo que abrió las puertas de la emigración hacia las regiones más industrializadas del Norte. De ello deriva su segunda ventaja, en cuanto a la mayor libertad de ocuparse en las luchas colectivas, respecto a lo que por norma se habría consentido a los emigrantes de otros países. En consecuencia, las poblaciones del Sur de Italia tuvieron la tercera ventaja, la de reivindicar a sus propios derechos sobre los recursos económicos controlados por las regiones del centro en la división internacional del trabajo. En todo momento la emigración masiva de italianos hacia prácticamente todos los

continentes habría sido un fenómeno fundamental para sustituir y complementar el conflicto social en la definición de los procesos de desarrollo (Arrighi y Piselli, 2017: 120-122).

En estas condiciones, una vez que el gobierno fascista de Mussolini fue derrotado en la II Guerra Mundial, Perry Anderson señala que el anti-fascismo habría sido el código genético de la llamada “Primera República” que surgió en la posguerra, pero que falleció entre las convulsiones de la década de 1990, para dar paso a una configuración más moderna todavía incompleta y lejos de consumarse. El paso de la Primera a la llamada “Segunda República” se caracterizó por la aceleración del crecimiento económico, una acentuada polarización ideológica, grandes partidos de masas, cambios constantes en el gobierno sin alteraciones perceptibles en la dirección política, el creciente descrédito de la clase gobernante y la incapacidad de controlar la violenta crisis de la periferia mediterránea (Anderson, 2012: 292-293).

La *Lega Lombarda* de Umberto Bossi, que se fusionó en 1991 con otros partidos para alumbrar la *Lega Nord*, fue el ariete que derribó los punteles del sistema de partidos tradicionales, anunciando incluso su intención de secesión del Norte de Italia, con lo cual fue ganando gran popularidad en esa región. Ante ello, Silvio Berlusconi, presidente del partido *Forza Italia*, vio la oportunidad de integrar a la *Lega Nord* en sus coaliciones de gobierno, tanto en el *Polo delle Libertà* (1994) como en *La Casa delle Libertà* (2001). Sin embargo, ello habría llevado al punto de inflexión entre el anti-fascismo y el regreso de los herederos de Mussolini.

Berlusconi creó una coalición de centroderecha conservadora y liberal llamada *Popolo della Libertà* (2007), que no incluía a la *Lega Nord*, pero sí a *Alleanza Nazionale*, el partido heredero del *Movimento Sociale Italiano* de inspiración neofascista, incluso autoproclamado post-fascista, que se fundó de los residuos de la República Social Italiana con algunos de los antiguos exponentes del régimen fascista de Mussolini. El *Popolo della Libertà* dejó de ser una coalición y se convirtió en partido, ganando las elecciones de 2008, pero tres años después, en 2011, Berlusconi presentó su

renuncia al cargo de Primer Ministro envuelto en una serie de escándalos que lo habían llevado a perder su mayoría absoluta en la Cámara de Diputados. Un año más tarde, Ignazio La Russa acordó con Berlusconi la escisión del *Popolo della Libertà*, para dirigir una nueva formación de derecha que se llamó *Centrodestra Nazionale*, pero en los mismos días también se escindió otro grupo dirigido por Guido Crosetto y Giorgia Meloni, que tomó el nombre de *Fratelli d'Italia*, ganando rápidamente gran popularidad.

La disolución del Pacto del Nazareno³ fue el comienzo de una serie de contactos informales entre Berlusconi y Matteo Salvini con el fin de sondear la posibilidad de construir un nuevo bloque de oposición al gobierno, reeditando la alianza del pasado entre *Forza Italia* y la *Lega Nord*. Sin embargo, la *Lega Nord* que dirigía Salvini se parecía poco a aquella presidida por Bossi en la década de 1990, que era un partido regionalista homologable en su discurso y estrategia a los partidos nacionalistas europeos de centro derecha.

La nueva *Lega*, como se llamó al partido liderado por Salvini, abandonó el proyecto nacionalista regional, para adoptar un proyecto político abierto a todo el país, manteniendo como elemento de la continuidad la esencia populista del partido (Del Palacio, 2015). En consecuencia, Salvini presentó un programa electoral que proponía la transformación de Italia en un Estado federal para otorgar mayor autonomía administrativa de las regiones. Si bien el trasfondo de dicho programa no es otro que la reducción de apoyos para las regiones más rezagadas del Sur, el apoyo popular

³ El debilitado Berlusconi buscó un acuerdo político con Matteo Renzi, secretario del Partido Democrático, para presentar una serie de reformas sobre la autonomía de las Cámaras y la aprobación de una nueva Ley Electoral. Sin embargo, el nombramiento de Sergio Mattarella como presidente de la República Italiana en 2015 llevó a la reorganización de alianzas entre los partidos y, en concreto, puso fin al llamado “Pacto del Nazareno”, que hacía alusión a la calle en que se encuentra la sede del Partido Democrático, donde se llevaron a cabo las primeras reuniones en las que se pactaron los acuerdos entre Berlusconi y Renzi.

al proyecto fue asegurándose bajo la idea del federalismo fiscal, el proteccionismo y coqueteando hasta cierto punto con el agrarismo. Además, el oscurantismo cultural del partido agudizaba el rechazo a la inmigración ilegal y la reacción moral en respaldo a los valores religiosos y familiares tradicionales.

Todo ello ha otorgado la impronta moral que ha ido conformando el conglomerado retórico que coloca a Salvini en una posición de centralidad frente a los patriotas de derecha y los reformistas de izquierdas agregados dentro de un mismo proyecto político cuya evolución apunta hacia las soluciones que caracterizaron históricamente a los regímenes de corte fascista en diversas partes del mundo desde la primera mitad del siglo XX. Con Salvini a cabeza, la *Lega* participó en las elecciones de 2018, y se convirtió en el primer partido al interior de la coalición de *centro-destra*, que también integró a *Forza Italia*, *Fratelli d'Italia* y *Noi con l'Italia-Unione di Centro*, este último, de orientación democristiana, liberal y conservadora.

Con esa victoria electoral, Matteo Salvini se convirtió en Vicepresidente y Ministro de Interior del gobierno de Italia y, junto con otras figuras públicas en la misma línea, configuran la imagen de líderes populares que ocultan las conexiones con los poderosos sectores económicos, tal y como lo hicieron los fascistas en el pasado. Si bien el imperialismo y su lógica expansiva han dejado de ser una opción viable para dar solución espacial y temporal a las crisis del capitalismo, el nuevo imperialismo, con sus procesos de privatización, la financiarización, la gestión y manipulación de las crisis, así como de redistribuciones estatales de la renta, mantienen encendidos los motores de la acumulación capitalista en la era neoliberal (Harvey, 2005). Por tanto, los conflictos sociales del mundo industrial que fueron traducidos en términos racistas han terminado por comparar las clases obreras y el “pueblo apátrida” del mundo industrial con los salvajes del mundo colonial (Mbembe, 2011: 26).

El Estado autoritario y totalitario que facilitó la solución fascista hoy se desdibuja en un autoritarismo libertario des articulador del viejo corporativismo, que organizaba a la clase obrera en su seno, en favor de una serie de redes clientelares, a menudo

vinculadas a grupos religiosos, que dan una forma completamente distinta al control social, en una época en la que la tragedia del proletariado ya no es su explotación en la fábrica, sino la flexibilidad laboral y la falta de empleo. Por eso, así como el fascismo institucionalizó gradualmente el antisemitismo y otros tipos de racismo (Arendt, 1988:9) para desdibujar la lucha de clases en conflictos de interés, por ejemplo, entre los judíos y sus vecinos, las reacciones xenofóbicas, y en el caso de Europa la islamofobia, avanzan con el mismo fin, amparadas en la progresiva legislación antinmigrantes. Por último, falta por decir que las grandes masas aglutinadas del pasado hoy desbordan las redes sociales y, si bien los regímenes fascistas supieron promoverse por intrincadas formas de propaganda, actualmente el fascismo del siglo XXI se reviste de una poderosa maquinaria mediática que difunde todo tipo de *fakes news* y *deep news*, es decir, por noticias falsas y por la sobrevaloración de notas que causan desinformación y confusión.

De acuerdo con James Mattis y Frank Hoffmann, nos encontramos con una nueva modalidad de conflictos híbridos ante la tensión del globalismo *versus* el proteccionismo, que combinan la guerra regular, irregular, asimétrica, de alianzas rotas y alianzas fatídicas, con la incorporación de guerras financieras, guerras mediáticas de post-verdad desestabilizadora, de las *fake news* y guerras cibernéticas (Mattis y Hoffman, 2005). Los proyectos políticos fascistas se mueven en este tablero y están claramente posicionados como derecha radical autoritaria, bajo la cobertura de complejas y movilizadoras retóricas políticas que son capaces de dibujar su imagen tanto en el espacio de una plaza o de una calle, así como en el símbolo de un tiempo en diálogo permanente con las redes digitales.

Tal como señala Paolo Berizzi, el mundo de la extrema derecha radical desde el siglo XXI ha aumentado de manera exponencial. Una derecha xenófoba, regresiva, racista y nazifascista ante la cual llama la atención el silencio por parte de la gran mayoría de las fuerzas políticas italianas, como lo demostró el caso de las amenazas por parte de grupos de ultraderecha en contra de a la

senadora vitalicia Liliana Segre, sobreviviente del campo de exterminio nazi de Auschwitz. Berizzi habla de un nuevo fascismo líquido, cierto, desagregado, repentino y, por ello, muy insidioso, que ha seducido a los estrados más débiles de la sociedad italiana, y que ya ha entrado en las instituciones (Berizzi, 2018). Quizá no se trate de un nuevo fascismo, sino del despliegue de procesos fascistas *ex novo* que profundizan los procesos de acumulación de capital en el neoliberalismo.

Lo cierto es que, si bien los fascistas de hoy en Italia son diferentes y se manifiestan en formas distintas con respecto al pasado, el fascismo no se desliga del tema cultural y social como expresión del anticomunismo y por eso mantiene vivos con nostalgia los recuerdos de antaño. Tanto es así que, a pesar de las dos leyes antifascistas (*Legge Scelba-1952* y *Legge Mancino-1993*) hay toda una ambigüedad en condenar los actos fascistas ya que, por ejemplo, a la fecha no se ha podido quitar la ciudadanía honoraria a Mussolini que muchos ayuntamientos italianos le otorgaron, desafiando de esta manera la XII disposición transitoria y final de la constitución italiana.

Además, a lo largo de estos últimos 20 años también se ha observado un avance en el uso de la violencia "*squadrista*" con una legitimación a partir de un odio hacia el diverso, así como una sensación de intolerancia y rabia, que se ha recrudecido sobre todo en estos últimos cinco años, permitiendo a Salvini encontrar terreno fértil en las clases más débiles y, al mismo tiempo, aglutinar en torno a él todas aquellas fuerzas y personajes de extrema derecha que habían sido excluidos de la vida política y social italiana. En este sentido, Elia Rosati, por ejemplo, denuncia que, en quince años de actividad, el movimiento-partido de *Casa Pound* se ha convertido en la organización autoproclamada neofascista más sólida de Italia en el universo irregular de extrema derecha, obteniendo consenso en nuevos grupos de población, entre el racismo, la apología al *squadrismo* de Mussolini, la militancia callejera y el uso sin escrúpulos de la comunicación (Rosati, 2018).

En efecto, el auge de Salvini en 2018⁴ ha posicionado a la *Lega* de ser un actor político autonomista e independentista a un partido nacionalista italiano identitario y antieuropeísta con un acercamiento importante con grupos de extrema derecha, como *Forza Nuova* y *Casa Pound*, y con el recién partido *Fratelli d'Italia* (hoy con casi el 14%) en el que confluyen muchas de las experiencias de extrema derecha en Italia.

Salvini se presenta “como un hombre normal que sueña un país normal” (Salvini, 2016), que habla con el corazón, y su lema ha sido *Prima gli italiani* (primero los italianos), mientras besa el rosario y cita a personajes emblemáticos de la izquierda como Antonio Gramsci, Sandro Pertini y Pierpaolo Pasolini, lo cual usa como arma contra la izquierda que, a su parecer, sigue haciendo “un juicio a los fantasmas del pasado”, considerándola una distracción que la clase dominante usa entre estudiantes y obreros para vehicular el disenso. Bien sostenía Georges Sorel, el enemigo de las clases trabajadoras no siempre es el mismo, a veces son los demagogos nacionalistas, otras veces el político republicano intolerante y deshumanizador, en todo caso, la violencia sería la culminación de la militancia en un acto de voluntad colectiva en la que el mito crea un estado de ánimo épico (Sorel, 1976).

Es así como el fenómeno Salvini pone las bases de un fascismo del tercer milenio que conjunta las demandas sociales en una “épica” cruzada convocada por una estrategia mediática de redes sociales, *fake news* y *deep news*, con un uso constante y repetitivo de los símbolos religiosos y de la identidad nacional. Todo ello enarbola una retórica en contra de todos aquellos que representan la decadencia del pueblo italiano en una globalización neoliberal y financiera que desdibuja las fronteras nacionales y amenaza con

⁴ Al salir del primer gobierno, Conte, en noviembre de 2019, llegó a tener el 33% de preferencias (ver *Agi*, 2020). En mayo de 2020 se ubica al 24,9%, mientras que Fratelli d'Italia alcanza el 13,8% según los datos de Osservatorio Politico Nazionale realizado por el Istituto Ixè para RAI 3-Cartabianca (ver Adnkronos, 2020).

derrumbar las internas, trayendo al supuesto mundo de los civilizados el salvajismo no contenido que viene del exterior.

3. DESMITIFICANDO UNA INVASIÓN

Cuando se habla de fascismo, Franco Savarino recuerda que no existe un consenso generalizado sobre el significado del término. Mientras algunos especialistas, como Renzo de Felice, limitan la idea de fascismo al régimen dictatorial de Mussolini, otros, como Stanley G. Payne, lo extienden hasta la Alemania de Adolf Hitler, asimilando así dos regímenes profundamente diferentes en incontables aspectos. Están también quienes lo incluyen en diversos movimientos y regímenes dictatoriales europeos de entre guerras, como Zeev Sternhell. Algunos, como James Gregor, se enfocan más en los aspectos sociológicos del fascismo, es decir, como dictadura de la clase media o de la burguesía, y, otros, como Roger Eatwell, lo encuadran en la ideología o en la morfología política (para abundar en esta discusión, ver Savarino, 2005).

Sin embargo, en las últimas dos décadas parece estar en vías de consolidarse, si no un “consenso”, por lo menos un enfoque privilegiado “culturalista” o histórico-antropológico, como los trabajos de George Mosse, Roger Griffin y Emilio Gentile, situando al fascismo como una revolución cultural o antropológica con características particulares, especialmente eclecticismo y esteticismo, que apuntan a perfeccionar y a acelerar la dinámica de la modernidad. En esta perspectiva, destaca el intento de crear un “hombre nuevo” y darle un impulso a la civilización para sacarla de su trayectoria de decadencia, buscando en todo momento elevar el prestigio del Estado nacional, en la aspiración de crear un nuevo orden mundial más dinámico para replantear su relación con el resto del mundo (Savarino, 2015: 16-17).

En este sentido, Emilio Gentile recuerda que el fascismo italiano habría sido el primer partido milicia que conquistó el poder

en una democracia liberal europea, con la declarada intención de destruirla, afirmando el primado de la política sobre cualquier aspecto de la vida individual y colectiva mediante la revolución de lo privado en lo público para avanzar hacia el modo totalitario de organización de la sociedad, subordinándola al control del partido único e injertándola al Estado consagrado como valor absoluto y dominante. El fascismo, por tanto, fue también el primer movimiento político que llevó al poder el pensamiento mítico, consagrándolo como forma superior de expresión política de las masas y fundamento moral para su organización, e institucionalizándolo en las creencias con los ritos y los símbolos de lo que puede considerarse una religión política (Gentile, 2005: 173).

Sin embargo, la Resistencia que derrotó al gobierno de Mussolini dejó un legado ideológico antifascista y patriótico, cuya ubicua retórica oficial, liderada por el Partido Comunista Italiano, ocultó la continuidad real del fascismo como aparato legal y burocrático heredado, así como como credo y movimiento proclamado abiertamente (Anderson: 334, 447). En este sentido, Enzo Traverso sugirió el concepto de “postfascismo” para resaltar las marcadas diferencias con el “fascismo histórico” y para iluminar las líneas de continuidad y transformación entre aquel y los procesos hoy en curso (Traverso, 2016).

Independientemente del debate teórico y conceptual que pueda suscitar el término “postfascismo”, vale la pena rescatar en su contenido la idea de que caracteriza al fascismo su continuidad y expansión en medio de crisis económicas más o menos profundas que se adaptan a las particularidades de cada época. Este discurso lo ha complementado en la práctica durante su periodo de ministro de interior de 2018 a 2019, con políticas de cierre de fronteras y puertos, incluso a la llegada de barcos de rescate. En Europa, sobre todo, el desplazamiento de las derechas desde un nacionalismo agresivo y con disposiciones al expansionismo militar hacia un tipo de xenofobia que se concentra básicamente en las minorías de origen postcolonial –y no ya en las de otras naciones– deja ver, en efecto, algún tipo de actualización de tales fuerzas (¿re-

signación?), más allá de la melancolía hacia el viejo mundo de los Estados-nacionales (Ramírez, 2020: 38).

Por eso, ante la incapacidad de mover y convencer a los electores del Sur, a quienes en un principio la *Lega Nord* de Bossi denigraba, Salvini supo cambiar de objetivo, prefiriendo estigmatizar a los tecnócratas bruselenses y a los “inmigrantes aprovechados”, y, en una estrategia ganadora ha transformado su partido en eje de la política italiana, y quizás del espectro político europeo, en general (Pucciarelli, 2019). Salvini arremete en contra de la “inmigración no controlada”, argumentando que “quien llega a nuestra casa sin permiso es un inmigrante ilegal que debe ser enviado de regreso a su casa para patearle el trasero. Con cuatro millones y medio de desempleados, ya no hay espacio para un solo inmigrante” (Salvini, 2016: 16).

En este contexto, una encuesta realizada por *Demos* en noviembre de 2017 reveló que la hostilidad hacia los migrantes en Italia habría ido en aumento: uno de cada dos italianos dijo que consideraba a los inmigrantes como un peligro y les tenía miedo (Demos, 2017). Estas fobias se fueron imponiendo cada vez más en el discurso público a partir de las campañas electorales para las legislaturas a principios de 2018, en la que Salvini, como ministro del Interior, había prometido una línea dura sobre inmigración, usando lemas como “Ayudémoslos en casa” y “Primero los italianos”, reafirmando su deseo de reducir las llegadas y aumentar los retornos en los primeros días de su gobierno.

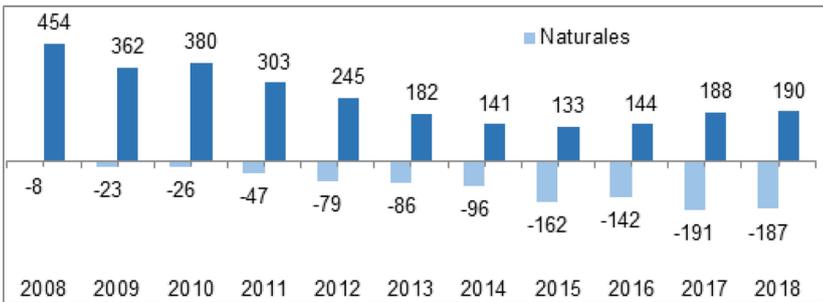
En este sentido, es alarmante que, de acuerdo con la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), Italia tenga uno de los niveles más bajos en competencias lingüísticas, que se traducen en un analfabetismo potencial de entre el 30% o 40% del total de la población, que se ha mantenido en los últimos 30 años (Kankaraš, Montt, Paccagnella, Quintini y Thorn, 2019: 47). Por eso, Tullio De Mauro decía que cerca del 40% de la población italiana ni siquiera está en condiciones de leer y comprender el contenido de un periódico. El resto de la población está constituida prevalentemente por personas próximas a esta situación. De ahí que, en el primer año de Universidad, casi la mitad de

BAJO EL VOLCÁN

los estudiantes italianos no conozcan las palabras indispensables para comprender a fondo cualquier texto universitario (De Mauro, 2011: 223). En consecuencia, si bien la mayoría de italianos se informan, votan y trabajan, ante un acontecimiento complejo de política o de economía nacional o internacional, estas personas tendrían una comprensión apenas básica y limitada.

La situación se vuelve más compleja si se considera que más de 1.8 de millones de familias viven en condiciones de pobreza absoluta, con una incidencia igual al 7% por un número de 5 millones de individuos (representando el 8.4% del total). Aun quedándose en los niveles máximos del 2005, en 2018 se ha quedado estancado el crecimiento y la cuota de familias en pobreza absoluta. En cambio, las familias en condiciones pobreza relativas en 2018 son un poco más de 3,000,000 (11%), casi 9,000,000 de personas (15% del total).

GRÁFICA 1. SALDO NATURAL Y SALDO MIGRATORIO EXTRANJERO DE ITALIA 2008-2018* (EN MILES)



*2018 estimaciones. Fuente: ISTAT, 2019.

Los flujos en ingreso (302,000) en 2018 tocaron el nivel más alto de los últimos 6 años. En este sentido, en ese mismo año, se contabilizaban 349,000 inmigrantes (+1.7% con respecto a 2017).

Además, hay que subrayar que, siempre en 2018, aumentaron las emigraciones, 160,000 (+3.1%) con respecto al 2017. La experiencia histórica ha demostrado que la migración como fenómeno puede sustituir y completar el conflicto social en la definición de los procesos de desarrollo (Arrighi & Piselli, 2017: 126). Para dar una idea de la magnitud del fenómeno histórico, se calcula, sólo entre 1861 y 1985, un total de 29,036,000 emigraciones, contra 10,275,000 reentradas, para un saldo activo de 18,761,000 italianos emigrados en el extranjero (Franzina, 2001). Esta tendencia continúa hoy, dado que son más los italianos que salen que los que retornan, como se muestra en la siguiente gráfica.

En el 2018 han sido 47,000 personas las que han retornado y 120,000 personas las que han salido, con un saldo migratorio negativo (-73,000 personas), aunque con respecto al 2017 hay un incremento entre quien regresa (+11.9%) y quien se va (+4.8%). Las migraciones hacia el extranjero, alrededor de 160,000 alcanzan el nivel más alto desde que se hacen estas estimaciones (1981). Desde 2015, la población residente ha ido disminuyendo, configurando por primera vez en los últimos 90 años una fase de declive demográfico. En 2018 la población ascendía a 60,359,546 residentes, más de 124,000 menos que el año anterior (-0.2%) y más de 400,000 menos que cuatro años antes.

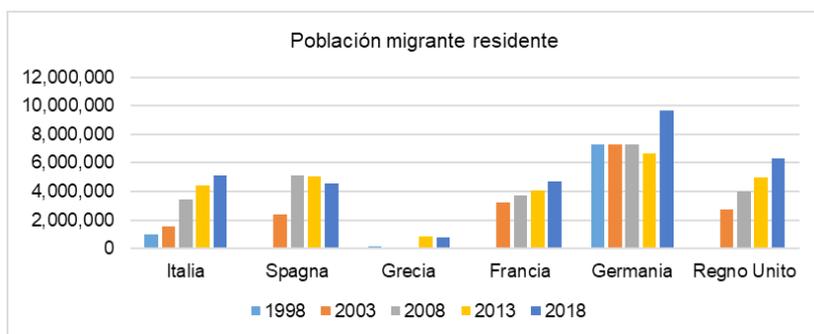
La caída es totalmente atribuible a la población italiana, que en 2018 cayó a 55 millones, es decir, 235,000 menos que el año anterior (-0.4%). En los últimos cuatro años los nuevos ciudadanos para la adquisición de la ciudadanía han superado los 638,000. Sin esta contribución, la caída en los italianos habría sido de alrededor de 1,300,000 unidades. En el período de cuatro años, el aumento simultáneo de más de 241,000 unidades de ciudadanos extranjeros permitió contener la pérdida general de residentes, que en 2018 ascendieron a 5,255,503 ciudadanos registrados, en comparación con 2017, es decir, aumentaron en 111,000 (+ 2.2%), alcanzando el 8.7% de la población residente total (Istituto Nazionale di Statistica, 2019).

De acuerdo con un reporte de la Fundación Leone Moressa de 2017, los 2,400,000 inmigrantes empleados en Italia en 2016 habrían producido en €EUR 130,000 millones de valor agregado, lo cual representa el 8.9% del Producto Interno Bruto (PIB). En comparación con las economías de los países de la Unión Europea, los extranjeros en Italia estarían en el puesto 17, con un valor agregado más alto que el PIB de países como Hungría, Croacia o Eslovenia (Moressa, 2016). Sin embargo, cuando el ministro de Luxemburgo dijo que Europa necesitaba inmigrantes porque la población envejece, Salvini no dudó en responder que “en Italia tenemos la exigencia de ayudar a nuestros hijos a tener otros, y no tener esclavos para reemplazar a los hijos que no tenemos” (*La Repubblica*, 2018). Analisa Camilli señala que cuando Salvini comenzó su campaña en 2018, los migrantes que habían llegado a la costa italiana en ese año fueron casi un 80% menos que los del mismo período del año anterior. Según datos del mismo Ministerio del Interior, en los primeros seis meses de 2018, se estimaba que 14,441 personas llegaron a Italia por mar, mientras que 64,033 habían llegado en el mismo período del año anterior (Camilli, 2018). No obstante, el hecho es que la hostilidad hacia los migrantes ha sido alimentada por discursos de odio, noticias falsas, clichés y estereotipos que en algunos casos se han convertido en mitos reales. En este sentido, Camilli señala que se habría construido al menos cuatro mitos sobre la inmigración en Italia que se desarrollan a continuación.

El primero de estos mitos es que Italia se quedó sola ante la llegada de migrantes y refugiados después de 2011, cuando la ola migratoria del norte de África comenzó nuevamente después de la llamada “primavera árabe” y los trastornos políticos que ocurrieron en los países del norte de África y el Medio Oriente. Sin embargo, cuando se comenzó a hablar de la “crisis de refugiados” en 2015, fue especialmente difícil para los países del Norte del continente, porque la presión de los miles de personas que huían de la guerra de Siria abrió la llamada ruta de los Balcanes entre Turquía y el Norte de Europa.

En este contexto, de acuerdo con datos del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), Italia habría acogido a unos 131,000 refugiados que no justifican de ningún modo la “alarma de invasión” en una población 60 millones, ya que significaría una proporción de dos refugiados por cada mil habitantes. Los datos toman sentido si se comparara con los números de otros Estados europeos, ya que, por ejemplo, en Suecia la población es aproximadamente una sexta parte de la italiana, es decir unos 10 millones de habitantes, y los refugiados son 186,000, o 50% más que en Italia país. En Alemania, con 82 millones de habitantes, hay 478,000 refugiados, casi 4 veces los presentes en la península itálica (Lanni, 2020).

GRAFICA 2. POBLACIÓN MIGRANTE EN LA UNIÓN EUROPEA (1998-2018)



Fuente: Elaboración propia con datos del Informe ISTAT, 2019.

A la par que Salvini presentaba su candidatura en 2018, se registraron 162,000 solicitantes de asilo en los Estados miembros de la Unión Europea. De esta cifra, Alemania representó el 28 % de todos los nuevos solicitantes, mientras que Italia sólo el 8% (49,000). Si bien el número de nuevos solicitantes experimentó un mayor crecimiento, por ejemplo, en Chipre, con más del 70 %, es decir,

con 3,000 nuevos solicitantes en 2018 respecto al 2017, también es cierto que, en cambio, las mayores disminuciones relativas se registraron sobre todo en Italia, que disminuyó el 61%, esto es 77,000 menos en el mismo periodo (Eurostat, 2019). Esto quiere decir que, a pesar del aumento de la inmigración hacia Europa en general, Italia habría distado de ser uno de los principales destinos de los migrantes, tal y como evidencia la siguiente gráfica, en que se muestra la tendencia que ha seguido la población migrante de los principales países receptores de la Unión Europea.

Todo ello conduce al segundo mito que se ha venido construyendo sobre la inmigración en Italia, y que tiene que ver con la repatriación masiva de los migrantes irregulares. Poco después de asumir el cargo como Ministro del Interior y el de Viceprimer Ministro, Salvini anunció la repatriación de 500,000 migrantes irregulares. Sin embargo, los especialistas han señalado, desde que asumió el cargo, que sería muy difícil para el ministro cumplir sus promesas, sobre todo, porque no hay acuerdos de retorno con los países de origen de los migrantes, y porque los retornos forzosos son muy caros. En efecto, la realidad lo ha demostrado.

Según un estudio reciente del Istituto per gli Studi della Política Internazionale (ISPI), entre 2013 y 2017, Italia habría repatriado sólo al 20% de las personas que recibieron una hoja de ruta. Pero la razón principal de la ineficacia de los retornos es el número de diferentes nacionalidades de migrantes de los más de sesenta países que llegan a Italia cada año. Aunque es difícil saber el número exacto de inmigrantes irregulares que residen actualmente en territorio italiano, Fabrizio Gatti calcula que, para llevar a cabo 500,000 repatriaciones, se necesitarían “27 años de vuelos, sin siquiera una hora de descanso”, y más de €EUR 1,500 millones de gastos, más el costo diario de asignaciones de misión, comida y alojamiento para los agentes de escolta” (Gatti, 2018), lo cual hace que la misión anunciada por Salvini sea prácticamente imposible.

El tercer mito es que las organizaciones no gubernamentales (ONG) que asisten los procesos migratorios serían un “taxi del mar” que transportan cómodamente a los migrantes a las costas

italianas. La fórmula del “taxi del mar” fue inventada en 2017 por Luigi Di Maio, líder del partido *Movimento 5 Stelle*, hoy ministro de relaciones exteriores en el segundo gobierno de Giuseppe Conte. Según Di Maio, la presencia de barcos de ONG frente a la costa de Libia sería un incentivo para partir para aquellos que desean llegar a Europa. Esos barcos, dijo en una entrevista, “llevan a los migrantes al mar, no los salvan mientras están a punto de ahogarse; para mí son taxis” (Rojas, 2019).

Sin embargo, las actividades de las ONG no han actuado como un factor de atracción, es decir, no son un factor de atracción, y no están correlacionadas con el aumento de los flujos. Si las ONG operaron en el mar o no, los flujos no se vieron afectados. Los datos del estudio de Matteo Villa, del Programa de Migraciones y Europa del Centro de Gobernanza Global, el ACNUR, Frontex, y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), revelan la fotografía actual del Mediterráneo central como ruta migratoria, develando la realidad que cubre el mito del “taxi del mar”.

En los primeros ocho meses de 2019, cerca de 7,531 inmigrantes se embarcaron de las playas libias sin embarcaciones de ONG en el mar, mientras que tan sólo 1,961 personas salieron de esas mismas playas, cuando había al menos uno de estos barcos en aguas internacionales frente a esas mismas costas de Libia. Esto quiere decir que la gran mayoría de inmigrantes fueron embarcados por las mafias de traficante de personas cuando no había ningún “taxi” en el mar, según la terminología de Salvini o Di Maio. Estas pateras fueron devueltas a tierra por la guardia costera libia o se hundieron o, las menos, llegaron a Lampedusa o Malta por sus propios medios (Rojas, 2019).

El cuarto mito, que es también uno de los más arraigados, es el que asigna a los inmigrantes un papel de competidores para los italianos en los puestos de trabajo. Sin embargo, el informe sobre la economía de inmigración de la Fundación Moressa en 2017 señala que generalmente los trabajos no calificados están reservados para inmigrantes, en parte rechazados por los italianos. En este sentido, tomando como ejemplo el sector agrícola en Italia,

se observa que la mayoría de los trabajadores agrícolas con poca especialización son de origen extranjero, mientras que casi el 90% de los agricultores especializados son ciudadanos italianos (Fondazione Moressa, 2017).

Cabe decir que el nivel de educación de los extranjeros es más bajo que el de los italianos. Entre los extranjeros en Italia de entre 15 y 64 años, se estima que más de la mitad ha obtenido a lo mucho un diploma de escuela intermedia, el 34,7% tiene un diploma de la escuela secundaria y el 11.0% tienen un título, mientras que el 17.8% de los italianos de 15 a 64 años son graduados. Ello hace que las brechas entre italianos y extranjeros permanezcan; por ejemplo, en 2018, la tasa de empleo (20-64 años) de los extranjeros es del 64,4% frente al 62,8% de los italianos. La tasa de desempleo disminuye menos intensamente entre los extranjeros, que continúan presentando un mayor desempleo, el 14%, frente al 10,2% de los italianos. La tasa de inactividad es menor para los extranjeros, un 28.8%, que para los italianos con un 35.0%, con diferencias más fuertes en el Sur (Integrazione Migranti, 2019). Todo ello indica que los extranjeros no reducen el empleo de italianos, sino que gradualmente asumen los puestos menos calificados abandonados por los locales, especialmente en servicios a la persona, en la construcción y en la agricultura, que son sectores en los que el trabajo es principalmente manual, más pesado, con bajos salarios y contratos que no ofrecen estabilidad.

Por lo tanto, lo único que tienen de real los mitos de Salvini es que su política ha aumentado los peligros para los migrantes, centrándose en una operación costera constante. El tema de la recolocación de los migrantes en otros países de la Unión Europea es otro aspecto que Salvini ha querido politizar y que en realidad no ha dado los resultados que ha vendido a sus seguidores, pues sólo el 6.2% de los inmigrantes desembarcados en Italia han sido redistribuidos en otros países europeos. Además, frente a las expulsiones que prometió, 100,000 en cinco años, durante su periodo como Ministro de Interior, solo expulsó a cerca de 6,500 extranjeros irregulares.

En estas condiciones, vale la pena recordar que Pasquale Chessa decía que, si bien el fascismo de Mussolini no fue farsa, fue ciertamente un espectáculo. La búsqueda del consenso como actores que buscan aplausos llevó a los fascistas a conformar una “narración del poder” que no es más que el reflejo del “poder de la narración”, en el sentido que intensifica la realidad para captar la esencia ambigua de la prueba, consintiendo después a la fábrica del fascismo todas las mistificaciones que la propaganda trae consigo (Chessa, 2008). La farsa del fascismo del siglo XXI es la forma en la que Salvini busca aplausos despolitizando a la sociedad, convirtiendo las relaciones sociales en un orden natural que suspende toda referencia histórica que garantiza el mito burgués del bienestar social, lo cual no es más que otro camino hacia el fin de la historia.

CONSIDERACIONES FINALES

Cuando se preguntó al historiador Emilio Gentile si existe el peligro de un retorno del fascismo, su respuesta fue contundente: “no, en absoluto”. La respuesta puede ser cierta en dos sentidos. El primer sentido es el que justifica la concluyente respuesta de Gentile, que considera al fascismo como un régimen histórico liderado por Mussolini, cuya extensión podría incluir a la Alemania nazi y a otros regímenes europeos con características similares en la primera mitad del siglo XX, y entonces se estaría hablando de un fenómeno terminado. Esto quiere decir que el fascismo habría sido una experiencia concreta de la época histórica entre las dos guerras mundiales, cuando aún existía la voluntad de conquista y de expansión imperial a través de la guerra. Por lo tanto, si estas características estuvieran todavía presentes hoy, se podría hablar de fascismo (Attancio, 2019).

Sin embargo, la respuesta también puede ser cierta si se considera al fascismo como *continuum*, tal y como sugiere la hipótesis que guía este artículo, en el sentido de comprender que el fascismo

es un fenómeno sociológico y orgánico del capitalismo, es decir, una solución autoritaria, violenta y deshumanizante de las crisis del capitalismo histórico. Visto de este modo, el fascismo habría trascendido el periodo de entreguerras y el espectro europeo, para desenvolverse junto con un nuevo imperialismo que busca eliminar las barreras institucionales y democráticas que estorban a la reproducción ampliada del capital. En este sentido, el fascismo sería parecido a aquel depredador que se mantiene agazapado esperando el momento justo para atacar.

Esto quiere decir que, si bien en el *Novecento* el fascismo surgió como una respuesta a la avanzada comunista y a la crisis del Estado liberal, hoy las tendencias fascistas asumen características singulares, dependiendo del país en el que se manifiesta, ante la avanzada del progresismo en la crisis de la globalización neoliberal. En este contexto, el caso italiano es emblemático, pues el ocultamiento de los crímenes nazifascistas que cada tanto vuelven a flote, son tratados como episodios marginales, en una enorme operación de encubrimiento, que hoy consiente a un Ministro decir que a él le interesa poco el *Derby* fascistas-comunistas y por eso puede permitirse no celebrar la Liberación italiana de las fuerzas del Eje porque del fascismo, en realidad, Italia no se ha librado (Francaviglia, 2019).

Ello se pone en evidencia con el aumento del peso político de partidos de extrema derecha como *Forza Nuova*, *Casa Pound*, *Fratelli d'Italia* y la *Lega*, cuya presencia es exponencial en las distintas asambleas comunales, provinciales, regionales y nacionales, lo que nunca se había verificado en la historia democrática italiana. Si bien, en la actualidad la participación de la sociedad no se observa como en las grandes manifestaciones del pasado, lo cierto es que también las culturas políticas de los jóvenes han cambiado: los movimientos en red, insurgencias de nuevo cuño, novísimos movimientos sociales, expresiones del malestar contemporáneo, son y serán formulaciones inacabadas, turbulentas, imperfectas, que no pueden ser calibradas sin atender lo que hoy significa el

espacio-red, tecnología, y sus rostros diversos y contradictorios (Reguillo, 2017: 12, 18).

El fenómeno Salvini se mueve en estos términos, pues sus páginas de *Facebook* y de *Twitter* son una forma de construir grandes manifestaciones con un contenido publicado a horas fijas y compartido por una multitud de cuentas diferentes y para fidelizar a los seguidores. En la red se emplea el lenguaje que se asemeja más a un parroquiano de un bar que a un político tradicional, pero el tono de los mensajes oscila entre la irreverencia, la agresividad y la seducción. El líder de la *Legia* dirige a sus seguidores contra el enemigo del día: “los clandestinos”, los magistrados corruptos, los partidos de izquierda, la Unión Europea; después publica una fotografía del mar, de su comida o incluso de él mismo abrazando a un militante o pescando.

Así, la opinión pública se alimenta de un sinfín de imágenes de Salvini que comparte un momento de su vida con millones de italianos, siguiendo una estrategia que hace que lo público y lo privado se entremezclen constantemente. Este eclecticismo pretende dotarlo de una imagen humana y tranquilizadora, a la vez que le permite continuar con sus provocaciones (Pucciarelli, 2019). Precisamente, Polanyi sostenía que aunque usualmente pretendía la participación masiva, la fuerza potencial del fascismo no se reconocía por su número de afiliados, sino por la influencia de las personas en altos cargos, de cuya buena voluntad disfrutaban los líderes fascistas y cuya influencia sobre la comunidad podía darse por descontada para protegerlos de las consecuencias de una revuelta mal lograda, eliminando así los riesgos de una revolución (Polanyi, 2017: 295).

El fascismo se nutre de una aguda reacción social del Norte, que reclaman una legislación más represiva para limitar la entrada y para limitar los derechos sociopolíticos de los que entran. En este sentido, Wallerstein consideraba que ello podía ser el peor de los arreglos *de facto*: la incapacidad de impedir efectivamente la entrada de inmigrantes, unida a la capacidad de asegurarles una capacidad política de segunda clase. Así, esas personas no tienen

derecho al voto, y quizá, en el mejor de los casos, acceso limitado a la previsión social (el elevado número de los que ocupan los empleos urbanos peor pagados se corresponde con los que no tienen derechos políticos).

Fue una situación de ese tipo la que se produjo en los centros industriales europeos del siglo XIX, es decir, los fundados temores sobre que la clase peligrosa pudiera derrumbar la casa. En aquella época los centros industriales se afianzaron al liberalismo para sortear esos peligros, concediendo el sufragio, y ofreciendo el estado de bienestar para apaciguar a la plebe, en ocasiones con gobiernos *bonapartistas*. Es posible que hoy, los Estados del Norte se encuentren en la misma posición que en el pasado, ¿la segunda vez como farsa? (Wallerstein, 1996: 37-38). La jugada fascista se mueve en este tablero, y por eso el fascismo del tercer milenio nos muestra que hay que llamar las cosas por su nombre, no obstante, las características que ha asumido en el momento histórico en el que actualmente se inscribe.

La pregunta que queda pendiente es qué pasará en el escenario después de la pandemia global del Covid-19, ¿el fenómeno Salvini podrá consolidar la construcción de un Estado fascista? Si bien la respuesta es complicada, Giorgio Agamben nos da algunas pistas cuando discute que las medidas excepcionales aplicadas para combatir la pandemia podrían extenderse más allá de todos los límites, pues las limitaciones a la libertad de las personas impuesta por los gobiernos son aceptadas en nombre de un deseo de seguridad (Agamben, 2020). En este sentido, Antonio Scurati señala el hecho de que quizá el antifascismo del siglo XX ya no resiste los nuevos tiempos y, por lo tanto, debe ser repensado sobre nuevas bases (Scurati, 2019). Estas y otras cuestiones quedan pendientes en esta primera aproximación al fascismo como *continuum* que hay en Italia y que es representado hoy por el fenómeno Salvini y por todo el círculo de actores políticos que lo rodean.

BIBLIOGRAFÍA

- Adnkronos* (2020). “Sondaggio: Lega Sotto 25%, Balzo Di Fdi”. Recuperado de https://www.adnkronos.com/fatti/politica/2020/05/06/sondaggio-lega-sotto-balzo%20fdi_nT95FpXlwnQgFSqpj9bEJP.html?refresh_ce [consulta: 25 de mayo de 2020].
- Agamben, G. (2020). *L'invenzione di un'epidemia*. Recuperado de <https://www.quodlibet.it/giorgio-agamben-l-invenzione-di-un-epidemia> [consulta: 15 de mayo de 2020].
- Agi* (2020). “Seconda Battuta D'arresto Di Fila Per La Lega Nei Sondaggi”. Recuperado de <https://www.agi.it/blog-italia/youtrend/sondaggi-partiti-6639471/post/2019-11-28> [consulta: 25 de mayo de 2020].
- Anderson, P. (2012). *El nuevo viejo mundo*. Madrid: Akal.
- Arendt, H. (1988). *Los orígenes del totalitarismo*. 2ª ed. España: Taurus.
- Arrighi, G. & Piselli, F. (2017). *Il capitalismo in un contesto ostile: faide, lotta di classe, migrazioni nella Calabria tra Otto e Novecento*. Roma: Donzelli.
- Attancio, A. (2019). “100 años del nacimiento del fascismo: ‘Hoy el peligro es que la democracia puede convertirse en una forma de represión con el consentimiento popular’”. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-47576763> [consulta: 14 de mayo de 2020].
- Barthes, R. (1982). *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- Berizzi, P. (2018). *NazItalia: Viaggio in un Paese che si è riscoperto fascista*. Milán: Baldini & Castoldi.
- Briones, Á. (1975). “El neofascismo en América Latina”. *Problemas del desarrollo*, 6(23), 27-28. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/43906309>.
- Camilli, A. (2018). “Non è vero che c'è un'invasione di migranti in Italia”. Recuperado de <https://www.internazionale.it/reportage/annalisa-camilli/2018/06/18/immigrazione-luoghi-comuni-italia>
- Chessa, P. (2008). *Dux: Benito Mussolini: una biografia per immagini*. Italia: Mondadori.
- Cueva, A. (2017). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI.

- De Mauro, T. (2011). *La cultura degli italiani*. Gius. Laterza & Figli Spa.
- Del Palacio, J. (2015). “FAES, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales”. *Cuadernos de pensamiento político*, 46, 153-176.
- Demos. (2017). “La sinistra e la paura degli immigrati”. Recuperado de <http://www.demos.it/a01454.php> [consulta: 12 de mayo de 2020].
- Dos Santos, T. (1978). *Socialismo o Fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*. México: Edicol.
- Eaton, G. (2018). Francis Fukuyama interview: “Socialism ought to come back”. Recuperado de <https://www.newstatesman.com/culture/observations/2018/10/francis-fukuyama-interview-socialism-ought-come-back> [consulta: 8 de mayo de 2019].
- Eurostat (2019). “Estadísticas de asilo - Statistics Explained”. Recuperado de https://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php?title=Asylum_statistics/es [consulta: 13 de mayo de 2020].
- Fondazione Moressa (2016). “Rapporto 2016 sull’economia dell’immigrazione”. *L’impatto fiscale dell’immigrazione*. Bologna: Il Mulino.
- Francaviglia, G. (2019). Perché l’Italia non si è mai liberata davvero del fascismo. Recuperado de (<https://thevision.com/cultura/crimini-fascismo/>) [consulta: 15 de mayo de 2020].
- Franzina, E. (2001). “Conclusioni a mo’ di premessa. Partenze e arrivi”. *Storia dell’emigrazione italiana*, 1.
- Fukuyama, F. (1993). *The End of History and the Last Man*. Nueva York: Harper Perennial.
- Gatti, F. (2018). “Contratto Lega-M5s, si parla di rimpatrio. Ma per realizzarlo servono 27 anni di voli”. Recuperado de <https://espresso.repubblica.it/palazzo/2018/05/17/news/rimpatriare-500mila-migranti-irregolari-ventisette-anni-di-voli-e-oltre-un-miliardo-di-spesa-1.322054> [consulta: 14 de mayo de 2020].
- Gentile, E. (2005). *La vía italiana al totalitarismo, partido y Estado en el régimen fascista* (p. 173). México: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (1926). “La situación italiana y las tareas del PCdI (Tesis de Lyon)”. En Gramsci, A., *Escritos (Antología)*, 2ª ed. Madrid: Alianza Editorial.
- Gramsci, A. (1970). “La questione meridionale, a cura di F”. De *Felice e V. Parlato*. Roma: Editori Riuniti.

- Harvey, D. (2005). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Huntington, S. (1998). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. México: Paidós.
- Integrazione Migranti. (2019). Noi Italia 2019, i numeri Istat sull'immigrazione. Recuperado de <http://www.integrazionemigranti.gov.it/Attualita/Notizie/Pagine/Noi-Italia-2019,-i-numeri-Istat-immigrazione.aspx> [consulta: 15 de mayo de 2020].
- Istituto Nazionale di Statistica (2019). "Bilancio demografico nazionaleanno 2018. Popolazione residente ancora in calo". Recuperado de <https://www.istat.it/it/files/2019/07/Statistica-report-Bilancio-demografico-2018.pdf> [consulta: 15 de mayo de 2020].
- Istituto Nazionale di Statistica (2019). "Stime per l'anno 2018. Indicatori demografici". Recuperado de <https://www.istat.it/it/files/2019/02/Report-Stime-indicatori-demografici.pdf> [consulta: de 15 de mayo 2020].
- Kankaraš, M.; Montt, G.; Paccagnella, M.; Quintini, G. & Thorn, W. (2019). "Skills Matter: Further Results from the Survey of Adult Skills. OECD Skills Studies". *OECD Publishing*.
- La Repubblica* (2018). Braccio di ferro a Vienna sui migranti. Il ministro del Lussemburgo attacca Salvini. Recuperado de https://www.repubblica.it/esteri/2018/09/14/news/braccio_di_ferro_a_vienna_sui_migranti_salvini_litiga_con_il_ministro_del_lussemburgo-206443429/ [consulta: 15 de Mayo de 2020].
- Lanni, A. "Invasione" dei rifugiati in Italia: ecco i numeri. Recuperado de <https://www.unhcr.it/risorse/carta-di-roma/fact-checking/linvasione-dei-rifugiati-italia-numeri> [consulta: 13 de mayo de 2020].
- Machiavelli, N. (2011). *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio, a cura di G. Inglese, Milano*. Milán: Rizzoli.
- Marx, K. (2015). *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mattis, J. & Hoffman, F. (2005). "Future Warfare: The Rise of Hybrid Wars". *Proceedings Magazine*, 132(11/1233). Recuperado de: <http://milnewstbay.pbworks.com/f/MattisFourBlockWarUSNINov2005.pdf>
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica, Seguido de sobre el gobierno privado indirecto*. España: Melusina.

- Mezzadra, S. & Neilson, B. (2017). *La frontera como método o La multiplicación del trabajo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Mussolini, B. (1983). “La doctrina del fascismo”. En *Enciclopedia Italiana, Vol. XIV* (pp. 847-848). Milán: Instituto Treccani.
- Piketty, T. (2019). *Capital e ideología*. Barcelona: Deusto.
- Polanyi, K. (2017). *La gran Transformación, Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: FCE.
- Poulantzas, N. (1971). *Fascismo y dictadura*. México: Siglo XXI.
- Pucciarelli, M. (2019). *Cómo conquistó Matteo Salvini a los italianos*. Recuperado de <https://mondiplo.com/como-conquistó-matteo-salvini-a-los-italianos> [consulta: 14 de mayo de 2020].
- Ramas, C. (2020). “Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva internacional reaccionaria”. En Guamán, A.; Martín S. & Aragonese, A., *Neofascismo: La bestia neoliberal*. España: Siglo XXI.
- Ramírez, F. (2020). “La pendiente neoliberal: neofascismo, postfascismo, autoritarismo liberatrio”. En Guamán, A.; Martín S. & Aragonese, A., *Neofascismo: La bestia neoliberal* (pp. 19-38). España: Siglo XXI.
- Reguillo, R. (2017). *Paisajes insurrectos: jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. México: NED.
- Rojas, A. (2019). Los datos que desmienten la colaboración de las ONG de rescate y las mafias, *El Mundo*. Recuperado de (<https://www.elmundo.es/internacional/2019/08/24/5d6030b3fc6c837d488b467e.htm>)
- Rosa, I. (2019). “Prólogo”. En Guamán, A., Martín, S. & Aragonese, A., *Neofascismo: La bestia neoliberal* (pp. 7-10). España: Siglo XXI.
- Rosati, E. (2018). *CasaPound Italia: fascisti del terzo millennio*. Roma: Mimesis.
- Salvini, M. (2016). *Secondo Matteo*. Milán: Rizzoli.
- Savarino F. (2005). “La ideología del fascismo entre pasado y presente”. En Savarino F.; Vera, G.; Pinet, A. & Quintino, P., *Diálogos entre la historia social y la historia cultural* (pp. 253-272). México: ENAH/AHCALC.
- Savarino, F. (2015). *Latinidades distantes, miradas sobre el fascismo italiano en América Latina*. México: INAH.

- Scurati, A. (2019). *Il figlio del secolo*. Milano, Italia: Bompiani.
- Sorel, G. (1976). *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid: Alianza.
- Traverso, E. (2012). "La Fábrica del odio, xenofobia y racismo en Europa". *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 4(4), 411-417.
- Traverso, E. (2016). "Espectros del fascismo: Metamorfosis de las derechas radicales en el siglo XXI". *Sin Permiso*, 50. Recuperado de <https://www.sinpermiso.info/textos/espectros-del-fascismo-pensar-lasderechas-radicales-en-el-siglo-xxi>
- Wallerstein, I. (1995). "Response: Declining States, Declining Rights?" *International Labor and Working-Class History*, 47, 24-27.
- Wallerstein, I. (1996). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI.
- Zavaleta Mercado, R. (1977). *El poder dual en América Latina*. México: Siglo XXI.